



### Sobre unas charlas

## Desgracia del buen oír

ESA charla del sacerdote doctor Olaso que sólo por escrito se ha dado a conocer, merecía sin duda la gran difusión a que estaba destinada por medio de las ondas francesas. Se le ha negado, sin embargo, y no por ella misma sino por el interesantísimo conjunto de las que en número de más de medio millar la precedieron durante once años y que fueron escuchadas por millones de españoles que junto a los aparatos receptores las esperaban con avidez.

Nada había en ellas por donde pudieran ser condenadas en nombre de la Iglesia ni del Derecho público o privado. Dentro de una documentada ortodoxia y con cuidadísima corrección, su autor, más que atacar directamente a nadie, proclamaba principios de alta moral y presentaba claros ejemplos de honradez, de justicia, de libertad y de caridad que, por contraste con ellos, hacían resaltar la corrupción allí en donde ésta existe. Las charlas del sacerdote doctor Olaso eran como un espejo en cuya limpieza el régimen del Caudillo veía reflejada su aborrecible fealdad. Así Juan el Crisóstomo, que había de alcanzar la santidad y la categoría de Padre de la Iglesia, exaltaba ardorosamente la virtud frente a una corte corrompida; y fué lanzado a un mortal destierro mientras también en aquella corte imperial permanecían con dorada existencia otros clérigos que empleaban su alto ministerio en aprobar conciencias podridas, en adular al poderoso y en bendecir la iniquidad.

Contrariamente a lo ocurrido, nadie con más motivos que un espíritu verdaderamente cristiano debiera desear la máxima difusión de esa charla en la que el sacerdote muestra con acertado equilibrio dos impresionantes ejemplos en los que la discrepancia ideológica se ve traducida en amorosa comprensión por unos hombres con vocación de fraternidad; por unos hombres con ese amor al prójimo que unas veces existe sin fe religiosa y que otras veces falta en donde tendría necesariamente que existir no sólo por vocación, sino por deber y finalidad sacerdotal.

Son dos hechos que, como dice quien los relata, «señalan una actitud cristiana frente a la muerte». En uno, el doctor Olaso presenta a un católico ex ministro de la República española ayudando en el exilio a la misa por un cardenal difunto que había bendecido a la sublevación militar causante de nuestra desgracia.

El otro hecho ejemplar nos ofrece particularmente a nosotros una honda emoción. Nos presenta a Julián Besteiro, falto de una negada asistencia familiar, agonizando en la cárcel de Carmona entre aquellos sesenta y tantos sacerdotes vascos, encarcelados también, que habían aprendido en él cómo fuera de lo confesional puede alzarse una altísima conciencia. «Su humilde celda — dice el padre Olaso — bien hubiera merecido el pincel de un artista para perpetuar al moribundo y a los sacerdotes arrodillados que rezaban por él en su agonía.»

No podría molestarnos la noble conducta de aquellos religiosos que, sin actuar sobre el sentir de Besteiro, le ofrecían lo mejor que creían poder darle y que, después, desoyendo sugerencias de Madrid, respetaban la conciencia del difunto enterrándolo civilmente. Y a la vuelta del entierro, efectuado en el inmediato amanecer, su único acompañante, el párroco de Carmona, pudo pronunciar estas tan humanas y, sin embargo, tan insólitas palabras: «Hoy se ha visto en España algo digno de que jamás se olvide: un entierro civil presidido por el párroco de la localidad.»

No; sin duda no se olvidará el episodio ni tampoco la memoria del párroco que así se expresaba desde una triste paz espiritual. Si la Iglesia española fuera así, otros serían los tiempos para ella y para España. Brillantes, pero no buenos, son para la Iglesia; malos son para el pueblo. Nótese — y no sólo de ahora — la expresiva simpatía con que éste acoge siempre a los sacerdotes que, sin renegar su estado, toman, como el doctor Olaso, el partido de la justicia social que debiera ser común a todos ellos. Es que el anticlericalismo del pueblo español no tiene — sino todo lo contrario — su raíz en una aversión por lo espiritual; la violencia con que responde al irreligioso extravío del clero, es esa misma dramática y hasta mística violencia con que reacciona ante las traiciones de amor.

### HOMENAJE CARLISTA

## El besamanos de Estoril

EN una crónica del «New York Times», facilitada por este reputadísimo periódico a un diario melitano, se relata minuciosamente cómo treinta y tantas personalidades del carlismo fueron desde España a la ciudad portuguesa de Estoril para rendir acatamiento a Juan de Borbón y Battemberg, reconociéndolo como único heredero legítimo al trono de San Fernando. Cuenta la crónica que, a medida que los nuevos vasallos desfilaron ante él, hincaban la rodilla en tierra y le besaban la mano, a usanza medieval.

En la corte española vinieron, por tradición, llamándose besamanos las grandes recepciones en Palacio, tales como las de cumpleaños de Alfonso XIII —17 de mayo—, pero el beso habíase suprimido muchísimo antes. Y en la corte inglesa, la más ceremoniosa de cuantas subsisten, una inclinación de cabeza por los caballeros y media genuflexión por las damas, constituyen máximas reverencias.

Podía pensarse que el fiero carlismo concluyera de cualquier modo, menos postrándose de hinojos sus magnates ante el bisnieto de Isabel II y posando los labios —labios que durante siglo y cuarto han vomitado maldiciones contra la «reina castiza» y todos sus descendientes— en la mano que les tendía el representante de una aborrecida dinastía usurpadora. ¡Ah, si tal aborrecimiento se hubiera traducido sólo en palabras! Pero la discordia dinástica perturbó y arruinó a España, ensangrentándola, a lo largo de un centenar de años.

Examinando la raíz de nuestras guerras civiles del siglo XIX, advertiremos que, más que por divisiones legítimas, se entablaron por contraposiciones políticas, pugnando el «constitucionalismo» y el «absolutismo», la tendencia progresista y la retrógrada. Ante esa realidad, cabe preguntarse quién se rindió a quién en Estoril. Y resulta claro que el sometido fué el reverenciado, no los reverenciadores, según acreditan documentos de aquél, que no ha negado ni rectificado, acreditativos de su afición al Poder absoluto, documentos más de una vez exhibidos por nosotros y que no es necesario mostrar de nuevo.

### Dos ramas... del mismo árbol

Si simplemente dichas guerras hubieran obedecido a un lio familiar, podríamos culpar de sus desastrosas consecuencias a Fernando VII, incorporado a la historia con el calificativo de «rey felón», cuya característica volubilidad, siempre salpicada de deslealtades, no le abandonó ni en las postreras horas de su abyecta vida, pues él dispuso primeramente que le sucediera su hermano Carlos y después, anulando esta disposición, declaró heredera de la corona a su hija Isabel. Mas es lo cierto que luchas tan inestinas tuvieron hondura ideológica: en torno a Carlos

se agruparon los reaccionarios y en derredor de Isabel los liberales, viéndose en ella un enigma esperanzador y en su madre María Cristina, reina gobernadora, ciertas garantías.

De Fernando VII dijeron en un manifiesto los realistas dis-

que motearon la vida del hijo y del nieto de la «reina castiza».

Hace cuarenta años, al llegar yo al Congreso, andaba en manos de diputados republicanos copias de ardorosas cartas que Alfonso XIII había dirigido a la bella esposa de

por el Señor a cuchipandas en Montmartre. Allí por 1911, el auxilio eficaz de una pistola blandida a tiempo, impidió la paliza nocturna que me prepararon en Bilbao aguerridos requetés porque el periódico donde yo trabajaba relató alguna de tales jergas. Lo curioso del caso era que yo no escribí el relato ni siquiera lo había leído.

El prestigio del carlismo no se arruinó por esas demasías de sus más ilustres varones, las cuales, en el fondo, complacían a los requetés; pero lo hizo trizas el desvío amoroso de una hija de Carlos VII al liarse con un pintor italia-

no... He ahí, levemente esbozado, el cuadro histórico donde actuaron cristinos, isabelinos y alfonsinos de un lado y carlistas y jaimistas de otro, dos ramas —ambas de podridos frutos— del árbol genealógico borbónico que se disputaron el «derecho divino» a reinar en España y de las que ha brotado ahora el retoño juanista en el pacto de Estoril.

### Por Indalecio PRIETO

conformes con su conducta: «No es un hombre: es un monstruo de crueldad, es el más incoherente de los seres, es un cobarde...», es una calamidad para nuestra desventurada patria.»

«Qué dijeron los de ambos bandos acerca de María Cristina que, a los tres meses de enviudar, casó morgánicamente con un modesto guardia de corps, convertido luego en duque de Riansares?»

«Qué afirmaron después unos y otros, todos con plena razón, sobre Isabel II, entregada a «libidinosas veleidades», según González Brabo? Entre la larga fila de sus amantes, se ría difícilísimo descubrir al verdadero padre de Alfonso XII. En la hilera descollaron, por su nombradía, el general Serrano, «el general bonito» como doña Isabel lo llamaba, y Arrieta, el maestro de la capilla de Palacio, autor de «Marina» que ha hecho cantar, con dulce melodía, a cientos de tenores, aquello de «no es verdad que, con la ausencia, del amor se extingue el culto; si en el alma vive oculto, con la ausencia crece más», romanza inaplicable a su egregia concubina, que siempre prefirió el amor presente al ausente y nunca ocultó los suyos a nadie, ni siquiera a su marido al que abominó aun antes de casar con él.

Todo eso por la línea femenina, donde se disculpan menos cualesquiera liviandades amorosas. En cuanto a la masculina, ¡échese un golpe! Tanto Alfonso XII como Alfonso XIII tuvieron descendencia con truces que, más que por méritos artísticos, adquirieron fama por sus amores reales, ello aparte de multitud de aventuras efímeras

que motearon la vida del hijo y del nieto de la «reina castiza».

Hace cuarenta años, al llegar yo al Congreso, andaba en manos de diputados republicanos copias de ardorosas cartas que Alfonso XIII había dirigido a la bella esposa de

por el Señor a cuchipandas en Montmartre. Allí por 1911, el auxilio eficaz de una pistola blandida a tiempo, impidió la paliza nocturna que me prepararon en Bilbao aguerridos requetés porque el periódico donde yo trabajaba relató alguna de tales jergas. Lo curioso del caso era que yo no escribí el relato ni siquiera lo había leído.

El prestigio del carlismo no se arruinó por esas demasías de sus más ilustres varones, las cuales, en el fondo, complacían a los requetés; pero lo hizo trizas el desvío amoroso de una hija de Carlos VII al liarse con un pintor italia-

no... He ahí, levemente esbozado, el cuadro histórico donde actuaron cristinos, isabelinos y alfonsinos de un lado y carlistas y jaimistas de otro, dos ramas —ambas de podridos frutos— del árbol genealógico borbónico que se disputaron el «derecho divino» a reinar en España y de las que ha brotado ahora el retoño juanista en el pacto de Estoril.

En Francia fué redactor de «L'Humanité» bajo la dirección de Jaurès y actuó activamente en la vida del Partido Socialista.

En Inglaterra estuvo de profesor en una escuela militar. En Alemania fué también, durante cuatro años, redactor del órgano del Partido Socialdemócrata.

Al regresar a nuestro país en 1919 fundó la revista «La Internacional» y entró en la redacción de «El Sol». Formó parte de las Ejecutivas del Partido y de la Unión y fué director de EL SOCIALISTA.

Al crearse la Oficina Internacional del Trabajo, su primer director, Albert Thomas, le designó como representante de dichos organismos en España. Con el gran líder francés recorrió en 1923, todos los países hispanoamericanos.

Al advenimiento de la República, colaboró con Largo Caballero, al que le unía una gran amistad, en el ministerio de Trabajo, y fué diputado en las Cortes Constituyentes por la provincia de Albacete.

Durante la guerra, estuvo al frente de la Legación de España en Suiza. Al final de la contienda, marchó a América donde se dedicó a la enseñanza de la Cooperación. Especialmente, en Colombia, Venezuela y Costa Rica, desplegó una actividad extraordinaria para orientar, encauzar y desarrollar el Movimiento Cooperativo, como lo hiciera antes en nuestro país.

Sin embargo, la escisión más grave en la Comunidad Tradicionalista —título oficial del carlismo— sobrevino después, en la primera guerra mundial. Jaime de Borbón era coronel honorario de un regimiento zarista, y por esta circunstancia más la coincidente de su cariño a Francia, sumóse a los aliados, mientras casi todos sus partidarios se alistaron en la germanofilia.

Juan Vázquez de Mella, uno de los más grandilocuentes oradores que ha tenido la tribuna española, se separó de Jaime, de quien fué, así como de su padre, muy eficaz paladín. Vázquez de Mella nunca sintió antipatía por Francia, pero jamás disimuló su odio a Inglaterra, culpándole de la decadencia de España.

Jaime de Borbón quedóse casi sin huesos. Los jaimistas optaron por el Kaiser, dando la espalda a quien ellos llamaban su rey, pues Isabel II, Alfonso XII y Alfonso XIII fueron monarcas espurios, ladrones del centro y de la corona.

El conde de Rodezno, jefe de los tradicionalistas navarros, fué acaso el primar que antecedió a todos en reconocer a Juan de Borbón y Battemberg.

(Pasa a la segunda pág.)

que motearon la vida del hijo y del nieto de la «reina castiza».

Hace cuarenta años, al llegar yo al Congreso, andaba en manos de diputados republicanos copias de ardorosas cartas que Alfonso XIII había dirigido a la bella esposa de

por el Señor a cuchipandas en Montmartre. Allí por 1911, el auxilio eficaz de una pistola blandida a tiempo, impidió la paliza nocturna que me prepararon en Bilbao aguerridos requetés porque el periódico donde yo trabajaba relató alguna de tales jergas. Lo curioso del caso era que yo no escribí el relato ni siquiera lo había leído.

El prestigio del carlismo no se arruinó por esas demasías de sus más ilustres varones, las cuales, en el fondo, complacían a los requetés; pero lo hizo trizas el desvío amoroso de una hija de Carlos VII al liarse con un pintor italia-

### Vicisitudes del carlismo

EL carlismo contó en España con fuerzas muy considerables, últimamente casi acantonadas de manera exclusiva en Navarra, donde surgió el apoyo civil más vigoroso que tuvo el alzamiento antirrepublicano de 1931.

La primera escisión que el carlismo sufrió fué la iniciada por Cándido Nocedal, fundador del diario «El Siglo Futuro» y secundada briosamente por su hijo Ramón desde dicho diario y desde el Parlamento. Los disidentes condenaban el carlismo (por liberal Ramón Nocedal, definiendo en un discurso el integrista, «así se denominó la disidencia»), declarando interpeto de «La voz venida del cielo» para defender la fe pura, «integrar».

Lo que Franco ha hecho triunfar, lo que acaudilla, no es el falangismo ni el carlismo, sino el integrista, la teocracia soñada por los Nocedales. También Franco creó ser guiado por voces celestiales que resuenan en sus oídos. «El Siglo Futuro» referíase al siglo XX. Todos tomaban a chata semejante título, por no creer que en esta centuria se produjera una regresión como la predicada en aquellas columnas, no extintas de la moribundidad que asomaba constantemente en la pluma de Ramón Nocedal, pero debemos reconocer que éste y su padre resultaron profetas.

Sin embargo, la escisión más grave en la Comunidad Tradicionalista —título oficial del carlismo— sobrevino después, en la primera guerra mundial. Jaime de Borbón era coronel honorario de un regimiento zarista, y por esta circunstancia más la coincidente de su cariño a Francia, sumóse a los aliados, mientras casi todos sus partidarios se alistaron en la germanofilia.

Juan Vázquez de Mella, uno de los más grandilocuentes oradores que ha tenido la tribuna española, se separó de Jaime, de quien fué, así como de su padre, muy eficaz paladín. Vázquez de Mella nunca sintió antipatía por Francia, pero jamás disimuló su odio a Inglaterra, culpándole de la decadencia de España.

Jaime de Borbón quedóse casi sin huesos. Los jaimistas optaron por el Kaiser, dando la espalda a quien ellos llamaban su rey, pues Isabel II, Alfonso XII y Alfonso XIII fueron monarcas espurios, ladrones del centro y de la corona.

El conde de Rodezno, jefe de los tradicionalistas navarros, fué acaso el primar que antecedió a todos en reconocer a Juan de Borbón y Battemberg.

(Pasa a la segunda pág.)

En Francia fué redactor de «L'Humanité» bajo la dirección de Jaurès y actuó activamente en la vida del Partido Socialista.

En Inglaterra estuvo de profesor en una escuela militar. En Alemania fué también, durante cuatro años, redactor del órgano del Partido Socialdemócrata.

Al regresar a nuestro país en 1919 fundó la revista «La Internacional» y entró en la redacción de «El Sol». Formó parte de las Ejecutivas del Partido y de la Unión y fué director de EL SOCIALISTA.

Al crearse la Oficina Internacional del Trabajo, su primer director, Albert Thomas, le designó como representante de dichos organismos en España. Con el gran líder francés recorrió en 1923, todos los países hispanoamericanos.

Al advenimiento de la República, colaboró con Largo Caballero, al que le unía una gran amistad, en el ministerio de Trabajo, y fué diputado en las Cortes Constituyentes por la provincia de Albacete.

Durante la guerra, estuvo al frente de la Legación de España en Suiza. Al final de la contienda, marchó a América donde se dedicó a la enseñanza de la Cooperación. Especialmente, en Colombia, Venezuela y Costa Rica, desplegó una actividad extraordinaria para orientar, encauzar y desarrollar el Movimiento Cooperativo, como lo hiciera antes en nuestro país.

Sin embargo, la escisión más grave en la Comunidad Tradicionalista —título oficial del carlismo— sobrevino después, en la primera guerra mundial. Jaime de Borbón era coronel honorario de un regimiento zarista, y por esta circunstancia más la coincidente de su cariño a Francia, sumóse a los aliados, mientras casi todos sus partidarios se alistaron en la germanofilia.

Juan Vázquez de Mella, uno de los más grandilocuentes oradores que ha tenido la tribuna española, se separó de Jaime, de quien fué, así como de su padre, muy eficaz paladín. Vázquez de Mella nunca sintió antipatía por Francia, pero jamás disimuló su odio a Inglaterra, culpándole de la decadencia de España.

Jaime de Borbón quedóse casi sin huesos. Los jaimistas optaron por el Kaiser, dando la espalda a quien ellos llamaban su rey, pues Isabel II, Alfonso XII y Alfonso XIII fueron monarcas espurios, ladrones del centro y de la corona.

El conde de Rodezno, jefe de los tradicionalistas navarros, fué acaso el primar que antecedió a todos en reconocer a Juan de Borbón y Battemberg.

(Pasa a la segunda pág.)

## Ha muerto Antonio Fabra Ribas

De Barcelona nos llega la noticia de la muerte de Fabra Ribas. Ha fallecido el día 17 de enero en Cambrile, un pueblecito cercano de Reus, la villa donde nació hace 78 años.

Fabra Ribas fué un militante de los más activos e inteligentes de nuestro Partido. Desde principios de siglo actuó en su ciudad natal y en Barcelona hasta el año 1909, en que hubo de expatriarse por haber formado parte del Comité que organizó la huelga general, que dió origen a la llamada «Semana Trágica».

Residió en varios países —Francia, Inglaterra, Irlanda, Alemania—, durante 18 años consecutivos. Por su formación universitaria, su actividad y dinamismo, su extraordinaria capacidad de trabajo, su facilidad de adaptación y asimilación, especialmente para las lenguas —era un gran políglota y un hombre de mundo— se le abrieron con facilidad muchas puertas y se granjeó grandes simpatías en todos los sitios por donde pasó. Y en todos dejó un buen recuerdo.

En Francia fué redactor de «L'Humanité» bajo la dirección de Jaurès y actuó activamente en la vida del Partido Socialista.

En Inglaterra estuvo de profesor en una escuela militar. En Alemania fué también, durante cuatro años, redactor del órgano del Partido Socialdemócrata.

Al regresar a nuestro país en 1919 fundó la revista «La Internacional» y entró en la redacción de «El Sol». Formó parte de las Ejecutivas del Partido y de la Unión y fué director de EL SOCIALISTA.

Al crearse la Oficina Internacional del Trabajo, su primer director, Albert Thomas, le designó como representante de dichos organismos en España. Con el gran líder francés recorrió en 1923, todos los países hispanoamericanos.

Al advenimiento de la República, colaboró con Largo Caballero, al que le unía una gran amistad, en el ministerio de Trabajo, y fué diputado en las Cortes Constituyentes por la provincia de Albacete.

Durante la guerra, estuvo al frente de la Legación de España en Suiza. Al final de la contienda, marchó a América donde se dedicó a la enseñanza de la Cooperación. Especialmente, en Colombia, Venezuela y Costa Rica, desplegó una actividad extraordinaria para orientar, encauzar y desarrollar el Movimiento Cooperativo, como lo hiciera antes en nuestro país.

Sin embargo, la escisión más grave en la Comunidad Tradicionalista —título oficial del carlismo— sobrevino después, en la primera guerra mundial. Jaime de Borbón era coronel honorario de un regimiento zarista, y por esta circunstancia más la coincidente de su cariño a Francia, sumóse a los aliados, mientras casi todos sus partidarios se alistaron en la germanofilia.

Juan Vázquez de Mella, uno de los más grandilocuentes oradores que ha tenido la tribuna española, se separó de Jaime, de quien fué, así como de su padre, muy eficaz paladín. Vázquez de Mella nunca sintió antipatía por Francia, pero jamás disimuló su odio a Inglaterra, culpándole de la decadencia de España.

Jaime de Borbón quedóse casi sin huesos. Los jaimistas optaron por el Kaiser, dando la espalda a quien ellos llamaban su rey, pues Isabel II, Alfonso XII y Alfonso XIII fueron monarcas espurios, ladrones del centro y de la corona.

El conde de Rodezno, jefe de los tradicionalistas navarros, fué acaso el primar que antecedió a todos en reconocer a Juan de Borbón y Battemberg.

(Pasa a la segunda pág.)

En Francia fué redactor de «L'Humanité» bajo la dirección de Jaurès y actuó activamente en la vida del Partido Socialista.

En Inglaterra estuvo de profesor en una escuela militar. En Alemania fué también, durante cuatro años, redactor del órgano del Partido Socialdemócrata.

Al regresar a nuestro país en 1919 fundó la revista «La Internacional» y entró en la redacción de «El Sol». Formó parte de las Ejecutivas del Partido y de la Unión y fué director de EL SOCIALISTA.

Al crearse la Oficina Internacional del Trabajo, su primer director, Albert Thomas, le designó como representante de dichos organismos en España. Con el gran líder francés recorrió en 1923, todos los países hispanoamericanos.

Al advenimiento de la República, colaboró con Largo Caballero, al que le unía una gran amistad, en el ministerio de Trabajo, y fué diputado en las Cortes Constituyentes por la provincia de Albacete.

Durante la guerra, estuvo al frente de la Legación de España en Suiza. Al final de la contienda, marchó a América donde se dedicó a la enseñanza de la Cooperación. Especialmente, en Colombia, Venezuela y Costa Rica, desplegó una actividad extraordinaria para orientar, encauzar y desarrollar el Movimiento Cooperativo, como lo hiciera antes en nuestro país.

Sin embargo, la escisión más grave en la Comunidad Tradicionalista —título oficial del carlismo— sobrevino después, en la primera guerra mundial. Jaime de Borbón era coronel honorario de un regimiento zarista, y por esta circunstancia más la coincidente de su cariño a Francia, sumóse a los aliados, mientras casi todos sus partidarios se alistaron en la germanofilia.

Juan Vázquez de Mella, uno de los más grandilocuentes oradores que ha tenido la tribuna española, se separó de Jaime, de quien fué, así como de su padre, muy eficaz paladín. Vázquez de Mella nunca sintió antipatía por Francia, pero jamás disimuló su odio a Inglaterra, culpándole de la decadencia de España.

Jaime de Borbón quedóse casi sin huesos. Los jaimistas optaron por el Kaiser, dando la espalda a quien ellos llamaban su rey, pues Isabel II, Alfonso XII y Alfonso XIII fueron monarcas espurios, ladrones del centro y de la corona.

El conde de Rodezno, jefe de los tradicionalistas navarros, fué acaso el primar que antecedió a todos en reconocer a Juan de Borbón y Battemberg.

(Pasa a la segunda pág.)

En 1949 decidió regresar a España. Fué, como era de esperar, gratificado con una condena de 12 años y pico, que debía cumplir en su propio domicilio. Como era un hombre de temple, no se quejaba y seguía su labor. Desde el rincón donde estaba confinado, hacía llegar mensajes de aliento a todas partes.

En los últimos días de su vida ha trabajado en silencio, simultaneando el trabajo con el desagradable ejercicio de conjugar el verbo «afectarse» en todos los tiempos y en todos los modos. Ha muerto sin ver restablecerse en España un régimen de libertad y democracia, que haga posible la justicia social, ideal por el que luchó durante toda su vida.

Expresamos a su viuda doña María y a todos sus familiares nuestro sincero pésame por la muerte de tan querido compañero.

### Cruz y raya

#### SI VAS A CALATAYUD...

Los diarios españoles han publicado la siguiente noticia: «CALATAYUD, 22. — Hace tiempo que el único autobús que realiza el servicio para recoger a los viajeros que llegan a los trenes por la noche sufrió una rotura en el rublo, de gran tamaño, en el que se leja «Correos», por efecto de la cual han quedado sólo las alabias «Reas». Como por otra parte el coche tiene aspecto de ambulancia celular, los viajeros que descienden en Calatayud y desconocen el hecho, rehuyen entrar en el autobús. — Cifra.

#### EL ESTILO ES EL HOMBRE

He aquí un telegrama que merece ser leído: «Entiendo fallecimiento su esposo, les envío a toda esa familia mi más sentida condolencia por tan irremediable pérdida. — Generalísimo Franco.» Es el pésame que el Caudillo ha enviado a la viuda del gran director de orquesta Atalbio Argenta. Es el diario «ABC», en titulares a dos columnas, le llama expresivo telegrama. Sin duda es expresivo de la personalidad de su autor. El estilo es el hombre.

Las opiniones emitidas en los artículos firmados son de la exclusiva responsabilidad de los firmantes.

### Comentario

## Teología de la corrida

EL canónigo de la Santa Iglesia prioral de Ciudad Real y profesor de Teología moral del seminario diocesano, doctor don Francisco Suárez Yufera, ha pronunciado una conferencia en el aula de cultura de la Delegación Provincial de Educación del Movimiento, en aquella ciudad. Así la agencia de información «Cifra», en un telegrama de 29 de enero, lo ha comunicado a «La Vanguardia», de Barcelona.

La noticia carceraria de verdadero interés periodístico si tan distinguido profesor de Teología se hubiera ocupado de su especialidad profesional. Pero lo bueno del caso es que su conferencia ha versado sobre «Las corridas de toros ante la Iglesia y la moral».

Para darnos una idea del gran éxito de público que ha tenido el profesor de Teología moral hablando de tauromaquia, imaginemos el que tendría, por ejemplo, Rafael «el Gallo» disertando sobre Teología moral. No es esto algo ligeramente a broma la actuación del canónigo, pues, según dicen quienes lo han oído, ¡vaya un tío sabiendo de toros!

«El doctor Suárez —dice la información—, que demostró un gran conocimiento del problema, hizo abundantes citas de santos y moralistas, así como de diversos papas, sobre la opinión contraria a las corridas de toros, tal y como se celebraban en los siglos XV y XVI, y en especial de San Pio V, en su bula «Salute Fregis».

Sin embargo, tales pareceres son ya unas antiquallas, y el docto canónigo les opuso numerosas opiniones de moralistas españoles en defensa de la fiesta nacional, que el conferenciante comparó a otros espectáculos que tienen tanto o mayor peligro para la vida humana y producen también daños a los animales. Como se ve, el argumento es concluyente; pero, además, para defensa de las corridas, el distinguido teólogo se apoyó en la teoría que otro eclesiástico, el padre Pareda, desarrolla en su obra «La moral y los toros». Y, en fin, «terminó indicando cuál debe ser el comportamiento del público en las corridas», que, según parece, no ha de ser el mismo ni tan comedido como el que se le pide en el templo, aunque también en las corridas —como entre los pucheros— está Dios.

Verdaderamente, sólo por cosa des acostumbrada nos parece sorprendente y hasta sugestivo que un canónigo profesor de Teología disertara con tan castiza vocación sobre «Las corridas de toros ante la Iglesia y la moral»; pero no hay que exagerar. Al fin y al cabo, no es asunto como para poner a prueba la superior capacidad de un tan gran maestro. Lo difícil sería que, continuando sus análisis teológicos y dejando atrás el de las corridas, el padre Suárez Yufera abordara otra conferencia con el título «El régimen del Caudillo ante la Iglesia y la moral». Y ahí veríamos las cualidades toreras del canónigo; porque sería un tema marrajo. ¡Como para saltar la barrera!

Pericles GARCÍA

### DE ESPAÑA

## APOSTILLAS

#### Las dos tarifas. Manera de enriquecerse

EN España son muchos los artículos que tienen dos tarifas: la oficial o la de tasa para la parte contingencial y la que resulte de la competencia para la parte de libre disposición. Por ejemplo, una parte del carbón que producen las empresas mineras ha de ser librada al precio oficial de tasa. El resto se vende al precio que permite la ley de la oferta y de la demanda. A ser mayor la demanda, los precios alcanzan,

a veces, el doble del precio oficial de tasa.

Así acontece con el salvado, carbón, cobre, cinc, plomo, acero, etc. El acero, mientras se cotiza en el extranjero a 4 pesetas kg. —en números redondos—, está tasado en España a 6 pesetas kg., pero los precios marginales suben hasta 18 pesetas kg.

Imagínense los beneficios obtenidos por las empresas que, recibiendo acero para sus necesidades al precio de tasa —6 pesetas— en vez de utilizarlo, acuden al inormal

subsidio de venderlo en el mercado libre del acero a 18 pesetas. El beneficio bruto equivale al doble del precio de compra. Quien no tiene más remedio que comprarlo, se encuentra con el precio triplicado. Así sucede, por ejemplo, a los contratistas de la construcción que, al comienzo de sus obras, se ven casi siempre obligados a comprar en el mercado libre, aunque luego, más tarde, reciben la correspondiente ración de acero al precio de tasa. El contratista en cuestión, se encuentra al término de su obra con un sobrante: el comprado al mercado libre más las «sisas» por él practicadas a expensas de la seguridad de la construcción. Si no almacena, vende, a su vez, el acero sobrante al precio marginal.

El hecho de haberse recuperado, no es suficiente para construir a precios normales. A pretexto de los precios elevadísimos del mercado libre del cemento, ladrillos y acero, impone a la construcción precios anormales.

Una serie inculcable de intermediarios agiotistas se enriquecen a ojos vistas en la densa manigua de los negocios sucios del mercado libre, cuya coyuntura está determinada por los regímenes de

(Pasa a la segunda pág.)

### Nueva operación con EE. UU.

## Más excedentes agrícolas

El Gobierno del Caudillo ha firmado con los Estados Unidos un acuerdo para la adquisición de productos agrícolas por valor de 69.100.000 dólares pagaderos en pesetas puestas en España a disposición del Gobierno norteamericano. Claro es que el Gobierno español no toca siquiera los dólares contantes, los cuales se entregan a los agricultores norteamericanos a quienes haya que ayudar para que den salida a sus excedentes agrícolas. La operación es, pues, muy diferente de la que acaba de beneficiar Francia obteniendo sobre su buen crédito un préstamo de quinientos cuarenta y seis millones de dólares.

Ciertamente, el Gobierno del Caudillo no se ha decidido en esta ocasión a dar





## Un gran amigo de España

# Ha muerto Claude G. Bowers

ESTA mañana, el grupo de españoles refugiados en Nueva York acudimos a los funerales de Claude Bowers. Contemplando su fúnebre rostro sentimos la amarga emoción de que habíamos perdido un gran amigo y defensor de la España democrática.

Ya había cumplido 79 años, y la anemia de la sangre que empezó a sufrir hace seis meses le produjo la muerte al terminar el día 21 de enero.

El primero de junio de 1933 presentó en el Palacio de Oriente de Madrid sus credenciales de embajador de los Estados Unidos. Poco después le conocí y le pinté su retrato, del cual no se separó y estaba junto a su lecho mortuorio en la sala y biblioteca de su casa donde trabajó estos últimos años. Por él conocí en la Embajada de Madrid a la que es mi mujer, y en él también conocí a un verdadero democrata norteamericano, a un hombre sutil, muy inteligente, de extensos conocimientos históricos, trabajador infatigable, sencillo y amable en su trato, de buen humor, con gran sentido del mismo, excelente escritor y perfecto amigo, pues todas estas raras virtudes tenía Claude Bowers. Una tarde, en el Madrid de aquella época, estaba yo con Ernest Hemingway y encontramos a un pintoresco músico norteamericano, tocador de Boogie Woogie, y a Ernest no se le ocurrió cosa mejor que telefonear a Mr. Bowers para que fuera a la casa de Ernest, donde sabía Ernest que había un piano, y que el pintoresco músico nos hiciera oír la música negra. Mr. Bowers, con la mayor naturalidad, puso la Embajada a nuestra disposición, aunque él, por motivos profesionales, tuvo que ausentarse sin oír el estrepitoso concierto. Hasta ahí llegaba su sencillez y comprensión, incluso en su elevado puesto diplomático.

Nació en Indiana el 20 de noviembre de 1878. Terminados sus estudios, se dedicó al periodismo, sobresaliendo rápidamente por su brillante forma literaria, su preparación histórica y su enérgico movimiento político, hasta que en 1923 fue llamado por "The World" de Nueva York para formar parte de su dirección. Este periódico era en aquella época el que más influía con sus opiniones políticas en el país, y pronto la firma de Claude Bowers adquirió gran prestigio aclarando y defendiendo las ideas liberales del partido democrático en el tono de la vieja escuela de Jefferson y Lincoln. Su precisión y facilidad oratoria también le distinguieron en sus directas intervenciones políticas, y en 1920 y 1928 fue elegido para pronunciar los discursos de orientación en las dos Convenciones nacionales demócratas.

Hecho en el periodismo, siempre conservó la curiosidad profesional, la investigación, el análisis frío de los acontecimientos, la discusión y una conversación muy amena, mezclada con anécdotas y a menudo, con agudas ironías. Siguiendo la costumbre de sus jóvenes tiempos, le gustaba, terminado su trabajo, ir a los bares donde se reunían periodistas, escritores y políticos, y empezaba a hablar nadie le interrumpía, acaparando la conversación justificadamente. De mediana estatura, delgado, con cara y gestos expresivos, se servía de un largo cigarrillo puro más para fumar que para fumarle.

En "The World" de Nueva York estuvo hasta 1931, y con el New Deal creado por el Presidente Roosevelt (el Nuevo Trato, de carácter socialista) su intervención en la política fue muy precisa.

El nos contó cómo a principios de 1933 le llamó el Presidente Roosevelt, diciéndole: «No encuentro a nadie mejor que usted para ir a ocuparse de nuestros intereses diplomáticos en la joven República española. Parece que ya está asegurada y lleva un buen camino democrático.» «Yo —nos decía don Claude— me eché las manos a la cabeza y le repliqué al Presidente: Me interesa muchísimo España, en todos los sentidos, y más ahora, pero como voy a desempeñar con decoro el cargo de embajador si no tengo un céntimo y el sueldo al año es de catorce mil dólares? Los embajadores de los Estados Unidos son gente de gran fortuna que pueden gastarla. ¿Es que voy a obsequiar al cuerpo diplomático con los típicos "hot dogs", americanos y cerveza? (El "hot dog", perro caliente, es una salchicha asada metida en un panecillo.) Roosevelt rió y le dije que sería el mejor embajador; y así se presentó en Madrid en el mes de mayo.

En el primer libro que escribí sobre España, «Las aventuras de Washington Irving», pone en la introducción: «Ninguno puede conocer la belleza y el encanto de España sin tener el impulso de escribirlo... la España tan amada por Washington Irving hace un siglo... la España que yo veo».

España le cautivó desde el primer momento y no dejó de manifestarlo en su conversación y en sus escritos.

Aprovechando la bonanza política del primer año en que fue embajador, recorrió España de un extremo al otro. Cada vez aumentaba su entusiasmo por la belleza y variedad de los paisajes, del arte y del pueblo español. A mi solía decirme entonces: «Teniendo el Museo del Prado y lo que le rodea, desde el Cantábrico al Atlántico y al Mediterráneo, no sé qué más puede pedir un artista.» Y en Nueva York en más de una ocasión me repetió: «Usted, como artista, es de los que más han perdido en abandonar España por haber invadido la moderna lepra (de moderna lepra califica Mr. Bowers al totalitarismo). «Y yo también —añadía por no poder volver a verla más a menudo.— Aunque Mr. Bowers era hombre más sedentario que viajero, los viajes a España estaban entre sus proyectos.

Para preparar su libro de Irving en España, en el cual le ayudó mi mujer buscando información en los archivos, vi otros aspectos de la vida española, leyó, se documentó y se formó una opinión de la historia y espíritu de nuestro país, que, entre otras cosas, le libró de los prejuicios y lugares comunes que sobre España corren. Fue, quizá, el diplomático no español que con más fervor sostenía la idea de la capacidad del pueblo de España para gobernarse, si le dejaban, siguiendo la tendencia de un liberalismo socialista. La organización y prácticas de nuestro Partido le sorprendieron tan favorablemente que le gustaba repetir la frase del conde de Romanones, también oída a éste por Mr. Bowers: «En España sólo hay dos cosas necesarias y disciplinadas, la Guardia Civil y el Partido Socialista.»

Hasta ahora podemos leer lo que pensaba de España Claude Bowers, en su libro «Mi misión en España», traducido al español y a otros idiomas. El libro es muy conocido y comentado, como lo fue discutido a raíz de publicarse, y me limitaré a decir lo que él me dijo mientras le hice el dibujo que en el libro aparece.

Claude Bowers se encontraba veraneando en Fuenterrabía en el mes de julio de 1936. Cuando el cuerpo diplomático se precipitó a salir de España e instalarse en San Juan de Luz, a Bowers le pareció aquello una maniobra tan absurda que se negó a distanciarse de donde estuviese el Gobierno español. Por esta actitud fue violentamente criticado en el sector de la prensa norteamericana que, instantáneamente, se puso al servicio del fascismo, aplicándole el malicioso mote de «Embajador Rojo». Necesitó, para cambiar su opinión y trasladar la Embajada a San Juan de Luz, que el Presidente Roosevelt le escribiese una carta muy amistosa rogándole siguiera a sus colegas extranjeros. «Entonces —nos decía Bowers— comprendí la grave responsabilidad de mi misión; vi claro que los sucesos de España eran algo más trascendental que la sublevación de los militares y empecé a procurarme la mayor y mejor información y a tomar notas repensando y estudiando las que anteriormente tenía tomadas.» Así nació su libro.

En San Juan de Luz observó la hostilidad de la mayoría de sus colegas por la República española, y que el antiguo «camisa negra» Orazio Pedrazzi, embajador de Mussolini, llevase la voz cantante con provocativa arrogancia en las reuniones oficiales que tenían, coronado por Herbet, embajador francés (según Bowers el primer traidor que tuvo Franco). Y ya a fines de 1936, sintió la convicción de que o se cortaba de lleno la intervención nazi-fascista en España, ayudando al legítimo Gobierno español, o termináramos en la segunda guerra mundial, con espantosas consecuencias. Despacho tras despacho, mandó a Washington su información y opinión en ese sentido, insistiendo en el levantamiento del embargo de armas por el Gobierno norteamericano. El primero de marzo de 1939 fue llamado por el Departamento de Estado a Washington. Cordell Hull, jefe en todo aquel período de Departamento, estudió la conversación de su política en relación con España, por no reconocer sus múltiples errores. Por el contrario, al recibirle el Presidente Roosevelt, le dijo: «Hemos cometido una equivocación; usted ha tenido razón en todo momento.» Y como explicación de su situación personal añadió el Presidente que se había encontrado inundado de informaciones contradictorias remitidas por otros embajadores, no sólo norteamericanos, sino ingleses, franceses, etc. Ante esto Mr. Bowers, que no tenía pelos en

la lengua, sintió la responsabilidad de su cargo en España y replicó al Presidente preguntándole si el ministro de los Estados Unidos en Irak le había mandado su información «directa por boca de gancho».

El Presidente Roosevelt, suponiendo que Bowers tendría preparado un libro sobre España, le rogó que esperase algún tiempo para publicarlo; igual le rogó el Presidente Truman, y esta es la razón por la cual «Mi Misión en España» no se publicó hasta octubre de 1954.

Su libro era tan esperado, creyéndose que en él aparecerían sensacionales declaraciones de la política de los EE. UU. en España durante la guerra, que a bastantes lectores les dejó insatisfechos. A pesar de lo mucho y claro que en él dice, reconociendo que fue el primer paso de la última catástrofe mundial que hemos padecido, que la gran guerra y sus consecuencias podían haberse evitado si las democracias hubiesen sido gobernadas con mayor honradez y mejor cabeza, pareció que su discreción no correspondía a un verdadero historiador, como él lo era. Pero, y por eso he dicho antes que «hasta ahora» lo que pensaba Claude Bowers sobre España figura en dicho libro, Mr. Bowers ha dejado escritas sus Memorias, donde seguramente la sección española ocupará algún capítulo de los más importantes, y se publicarán dentro de dos años.

El gran amigo del pueblo español y de la democracia que hemos perdido, había escrito antes de conocer los libros históricos y biográficos, entre los cuales se destacan «Jefferson and Hamilton», «Jefferson in Power» y «The Traffic Era».

Ultimamente replicaba a quien le hablase de España en términos dudosos: «Ya lleva Franco en España más de veinte años imponiendo su absoluta voluntad por orden de la Divina Providencia y, al final, con la ayuda de la administración de Mr. Foster Dulles. Parece ser que una y otra cosa quieren condenar al pueblo español a la esclavitud.»

Luis QUINTANILLA

# Católicos y falsarios

Por Juan de Navarra

CONTRA la segunda República española se han esgrimido las armas más innobles. La imaginación de los adversarios no ha estado ociosa al inventar cuanto podía contribuir a su descrédito, de acuerdo con la máxima que se ha dado en llamar jesuita: «el fin justifica los medios», a sabiendas de que esta labor iba a encontrar asidero en la inconsciente buena fe de un gran sector de gentes que comulgaban con ruidas de molino y se hallan dispuestas a aceptar como artículo de fe cuanto se diga, sobre todo si lo dicen las llamadas gentes de orden.

Así ocurrió con aquel gran crimen de la destrucción de Guernica. Ni las declaraciones de los acusados ante el tribunal de Nuremberg, ni los testimonios contenidos en las Memorias de quienes tomaron parte en la masacre, ni otras muchas demostraciones clarísimas sirvieron para que los que acusaban al Gobierno de Euzkadi y a la aviación republicana rectificaran ante la evidencia de la falsedad y la calumnia. Y conste que entre estos acusadores, el más bulgaro y agresivo fue aquí, en Buenos Aires, un príncipe de la Iglesia que aun habiendo adquirido más tarde la certeza de que la imputación era calumniosa, se fue al otro mundo sin reparar el daño causado previa solemne rectificación, por lo que creemos se le habrán exigido cuentas por el Tribunal que en aquellas ignotas regiones se encarga de administrar la inapelable justicia divina.

Otra trama absurda, tejida con la peor de las intenciones, ha sido el llamado «robo de las coronas de la Virgen de Begoña y de su Hijo bendito», referido a la capital vizcaína. Se acusó al Gobierno vasco de ser el autor de este robo sacrilego y se organizó un acto de solemne reparación haciendo creer a los incautos que un milagro había permitido rescatar las joyas. Era necesario dar al acto el mayor esplendor posible y fue el delegado apostólico monseñor Antoniutti quien, con todo el atuendo, rodeado de autoridades eclesiásticas, civiles y militares, con los discursos consiguientes,

plagados de calumniosas afirmaciones, restituyó las coronas y las joyas rescatadas, a las desposeídas imágenes. Esto ocurría el 15 de agosto de 1937.

¿Qué había en el fondo de este pretendido robo? Veamos lo que a este propósito dice «Euzko Deya» de esta capital federal, tomándolo de «Egi Billa», periódico clandestino que se publica en Euzkadi: «Todo aquel andamiaje —incluso un discurso ofensivo y escandaloso del entonces alcalde de Bilbao y hoy embajador de España en Washington, José María de Areizaga— se montó sobre la mentira. Las Coronas nunca fueron robadas por nadie. El entonces Cura encargado de la Basílica vascas a las autoridades vascas que pusieran a salvo las preciosas joyas con objeto de prevenir todo riesgo de guerra y evitar así cualquier atentado sacrilego o accidente bélico. Se levantó un acta declarando que los únicos responsables del traslado a Toulouse y del depósito de las joyas en un Banco de aquella ciudad eran el Cura encargado don Fortunato de Unzueta y los feligreses de Begoña don David Ibarra y don José de Ochoa, bien conocidos por sus honorabilidades y sólidos sentimientos cristianos. Todo esto consta en documentos que en su día llegaron a Roma. Deben conocerlos Monseñor Antoniutti y el actual obispo de Bilbao Monseñor Gurpide.»

Sin embargo, según ese mismo periódico, al cumplirse los veinte años, el 15 del pasado agosto, el obispo de Bilbao hizo entrega en solemne ceremonia al excelentísimo señor monseñor Antoniutti, de un pergamino en el que se hace constar la gratitud de la Cofradía de la Madre de Dios de Begoña por haber cobrado el 15 de agosto de 1957, sobre las sienes de la Virgen María, «la corona rescatada del despojo del tesoro de la Virgen». Y para que no se tuviera duda alguna, el Boletín Oficial del obispado de Bilbao, en su número de septiembre, habla expresamente

(Pasa a la segunda pág.)

## Lucio Martínez Gil

# Recuerdos del tiempo joven

- XVII -

Por Andrés SABORIT

DON ALVARO DE ALBORNOZ

La candidatura formada en Cartagena para luchar en las elecciones generales de 1.º de junio de 1919 estaba formada a base de Lucio Martínez, por el Partido Socialista; don Joaquín Payá, liberal albañista, y don Alvaro de Albornoz, republicano. ¿Cuál era la posición política del señor Albornoz y a quién representaba? En la provincia de Murcia, el único partido republicano con organizaciones propias, presidido en la capital por un distinguido profesor, el señor Rivera, era el de don Alejandro Lerroux. Existían grupos adictos al lerrouxismo en La Unión, restos de una etapa rabiamente anticlerical, y el propio señor García Vaso, había creado un Bloque cartagenero, dentro del cual figuraban amigos de Lerroux, algunos de los cuales eran concejales de aquel Ayuntamiento. No había otras entidades republicanas, ni siquiera federales, salvo las individualidades recluidas en sus hogares, cargadas de años y de nostalgia.

El señor Albornoz había sido diputado a Cortes por Zaragoza, sujeto a la disciplina del partido radical presidido por don Alejandro Lerroux. Lo fue en las Cortes convocadas a raíz del nacimiento de la Conjuración republicanosocialista, el 8 de mayo de 1910, cuando juntos en el Parlamento Pablo Iglesias y el señor Albornoz. ¿Qué pocas veces ha recordado don Alvaro de Albornoz aquella corta etapa suya de diputado a Cortes! No volvió al Parlamento hasta las Constituyentes de la República del 14 de abril. ¿Por qué? Ni Lerroux debió decir contenido ni el señor Albornoz salió satisfecho de su actuación. La impresión general fue que el señor Albornoz había fracasado en el Parlamento, a pesar de su aureola como orador, o quizá por ello mismo.

Aquellas Cortes fueron las que juzgaron al Gobierno Maura-Cierva, responsable del fusilamiento de Francisco Ferrer Guardia, acusado de haber dirigido la huelga general

revolucionaria que surgió en Barcelona como protesta contra el envío de reeservistas a Marruecos. El señor Albornoz se abstuvo de intervenir en los debates —y qué debates tan apasionados!— iniciados por los diputados conjuncionistas, al frente de los cuales actuaba don Gumersindo de Azárate. Pablo Iglesias pronunció un discurso sensacional, jamás recordado por el señor Albornoz, quien siguió con Lerroux, quedándose Ferrer sin un recuerdo suyo, en tanto que don Rafael Salillas, diputado igualmente lerrouxista, hizo una disección implacable de los métodos pedagógicos del mártir de Montjuich, todo ello fuera de lugar, porque aun dando por descontado que Ferrer fuera un mediano profesor, lo que estaba a debate en las Cortes era su intervención en el movimiento revolucionario de 1909 y no las relaciones que pudiera tener con Mateo Morral, el anarquista que arrojó una bomba contra los reyes, al regreso de su boda en la iglesia de los Jerónimos, el 31 de mayo de 1906. La historia ha sancionado la inocencia de Ferrer en la dirección de la huelga general de Barcelona, que surgió a iniciativa de las organizaciones obreras de la Ciudad Condal, bajo la inspiración de anarquistas y socialistas, dos de cuyos hombres más responsables viven aún, ácrata uno y socialista el otro. Ferrer fue fusilado, y Cierva no lo niega en su libro de memorias, principalmente por sus ideas como fundador de la Escuela Moderna y su influencia moral sobre Mateo Morral.

En la muerte de Ferrer, algunos lerrouxistas figuraron mezclados con delaciones carentes de fundamento, lo que explica la difícil situación de los diputados radicales. ¡Males momentos aquellos! Para don Alvaro! Porque entonces también estuvo a debate en la Cámara la conducta de la mayoría lerrouxista del Ayuntamiento de Barcelona, complicada en las inhumanidades de lo que se denominó el negocio de la cal, el yeso y el cemento, gestión que fue descalificada por Azárate y Pablo Iglesias, lo que sirvió de pretexto a Lerroux para alejarse de la Conjuración, sin que el señor Albornoz rompiera con su jefe político. Años después, en un libro hecho con retazos históricos, «El partido republicano», publicado en 1918, el señor Albornoz se limitó a decir: «De la Conjuración republicanosocialista, apenas constituida, fue lanzado el partido radical encabezado por Lerroux.» El señor Albornoz no da más explicaciones, huyendo de la cuestión. ¡Bonita manera de hacer historia!

No hay duda de que el señor Albornoz fué designado candidato por Cartagena en virtud de indicaciones de Lerroux, como no la hay de que los otros grupos políticos aliados fiaban en la influencia de don Alejandro para conseguir aportar sufragios a la candidatura del Bloque de las Izquierdas. Estábamos, pues, en un momento similar al de 1909, también cuando el Gobierno de Maura-Cierva, en que el señor Albornoz triunfó por Zaragoza. ¿Por qué no intentar de nuevo la suerte? Pasaron los años, y en don Alvaro de Albornoz no se extinguieron los días felices en que militaba bajo las banderas lerrouxistas. En la conferencia que dió en el Ateneo español de Méjico sobre «Castellar, orador y hombre de Estado», entre incienso y mirra para ensalzar la figura del hombre a quien los republicanos de la quinta de Albornoz calificaron como traidor a la República de 1873 —que así es el tiempo de tornadizo—, el ilustre ex ministro del Gobierno de don Manuel Azárate destacó con el siguiente párrafo:

«Lástima de Lerroux, conjunto de cualidades varias, contradictorias, paradójicas. A veces parecía un demagogo que llevaba dentro un grande de España; tenía las virtudes y los vicios que hacen a la humanidad verdaderamente humana. El día en que en las Cortes Constituyentes se produjo la escisión entre el neorepublicanismo, ilustre pero ingenuo, y el republicanismo histórico, con sus taras y máculas, pero con una gran experiencia de la historia y de la vida, fuimos muchos los que sentimos que crujián las cuaderñas de la República.»

Tal vez tenga razón el señor Albornoz, quien se olvida de agregar, para ser verídico con la historia, los empujones que él y sus amigos, entre los cuales figuraba el demagogo Pérez Madrigal, atizaron a esas

cuaderñas crujiertes de la República.

Lucio Martínez y don Alvaro de Albornoz fueron leales colaboradores durante la batalla electoral por la circunscripción de Cartagena. Nunca oí a Lucio «expresar contra el señor Albornoz el menor reproche, a este respecto; pero las calidades personales de su compañero de candidatura eran una desdicha, por su especial idiosincrasia. Dada la extensión de aquella comarca, conociendo las maniobras del caciquismo, teniendo presentes la ineducación política de aquel proletariado, la muchedumbre campesina de las pedanías y de los Ayuntamientos rurales, sin recursos económicos y con muy pocos hombres decididos a vigilar e intervenir la elección, a veces con riesgo de su vida, era indispensable desarrollar una actividad febril, aprovechar todos los momentos para la propaganda y escoger acertadamente los temas a desarrollar. El señor Albornoz era la personificación de la indolencia, perdía las ocasiones de recibir a las comisiones o de llegar a tiempo, y en sus discursos había artificios con la Revolución francesa y con los generales españoles del siglo XIX. Espartero, Narváez, O'Donnell, Prim, sin olvidar a Isabel II. ¡Admirable señor Albornoz! No dejó en Cartagena ni un enemigo. ¡Pero arrastró tan pocos votos!...

Vamos a examinar someramente los temas esenciales que al señor Albornoz le obsesionaban entonces, tomándolo del libro «El partido republicano», que acababa de publicar. Digamos que el libro es muy interesante, como cuantos ha escrito el señor Albornoz, leídos por mí con verdadero placer. Conservo varios cariñosamente dedicados, y nunca hubo entre nosotros dos el menor resquemor de tipo personal. De la honradez del señor Albornoz no es lícito dudar. Sus errores o de todos nosotros, están sujetos al juicio de los hombres; y del examen de sus juicios hay mucho que aprender y bastante que rectificar, como en casi toda obra humana.

Aunque la primera mitoria de diputados a Cortes con significación francamente republicana nació en 1851, en realidad se da raíz de la caída de Isabel II cuando los grupos republicanos dieron el gran estirón, logrando en las Cortes Constituyentes convocadas por los triunfadores en la batalla de Alcolea setenta actas de diputados. Perdió su puesto entre ellos don Nicolás Salmerón, como consecuencia de unas declaraciones que hizo en Madrid excitando a sus correligionarios a sostener el movimiento democrático que se iniciaba en España con la revolución de septiembre, sin precipitar el adelantamiento de la República, por considerarlo prematuro. ¡Cuánto cuesta siempre decir la verdad! Porque la República vino, aunque nació muerta, como dice en su libro el señor Albornoz; pero no precipitemos los acontecimientos, en la esperanza de que su narración pueda dar lugar a que nuestros jóvenes camaradas estudien con cariño la historia de España.

Llamadas las Cortes a resolver el problema que creaba el destronamiento de Isabel II, y habiéndose lanzado el nombramiento de un Regente, en lo que España tenía ya precedentes, contra la candidatura del general Serrano, propuesto por la mayoría, hizo don Emilio Castelar tenaz oposición, en un discurso del cual son los pensamientos siguientes:

«Yo niego que los militares puedan ser grandes hombres de Estado. La religión de la milicia, la inflexibilidad de la disciplina, el hábito y la vida de los campamentos y cuarteles, todo eso, que es tan grande, que es tan necesario, que es tan heroico, todo eso se convierte en contra de ellos cuando quieren dirigir la máquina del Estado, y especialmente esta máquina tan complicada y tan difícil de las instituciones parlamentarias y del sistema representativo. Así es, señores, que si recordáis la lista de todos los hombres de Estado, difícilmente encontraréis un militar; no lo fué Cavour, no lo fué Bismarck, no lo fué Turgot, no lo fué Albornoz, no lo fué Cisneros, de los cuales podía decirse aquello del romancero: «más de acéite que de sangre—manchado el hábito muestran». En la historia antigua sólo conozco un militar que fuera hombre de Estado, César; en la historia moderna sólo conozco otro militar que haya sido hombre de Estado, Federico de Prusia; que siempre en la naturaleza se tienen ciertos órganos a expensas de otros órganos, y se tiene casi siempre la inteligencia militar a

(Pasa a la tercera pág.)

# El drama de Teilhard de Chardin

Por Luis Araquistáin

EL morir en 1955 Pierre Teilhard de Chardin —había nacido en 1881—, apenas era conocido más que como hombre de ciencia eminente en paleontología humana. Adquirió una sólida reputación internacional por sus trabajos sobre el Sinantropo de Pekín, así llamado por unos restos fósiles, hallados cerca de esa ciudad, que pudieran ser uno de los eslabones perdidos entre el gorila y el «homo sapiens» y cuya antigüedad se calcula en unos cien mil años. También se le conocía por unos ensayos filosóficos, publicados en revistas de poca circulación o distribuidos clandestinamente en copias mecanografiadas, por falta de licencia de sus superiores para imprimirlos. Teilhard era jesuita. Hoy en cambio es el filósofo más leído no sólo en Francia, su tierra natal, sino en todo el mundo donde haya gentes interesadas en conocer los orígenes del hombre y su lugar y destino en el cosmos.

Teilhard se sometió obediente al silencio (relativo) que le impuso en vida la Compañía de Jesús, en la cual había profesado. Después de su muerte, su familia y un comité de hombres ilustres de la ciencia, algunos de ellos eclesiásticos católicos como el abate Henri Breuil, a quien tanto debe la predicción del difunto a su orden religioso y decidieron publicar en París sus obras inéditas y reimprimir los trabajos dispersos en periódicos. El primer volumen apareció en 1955 y se titula «Le phénomène humain», que fué un acontecimiento editorial: en un año se vendieron cincuenta mil ejemplares, éxito sin precedentes en un libro de filosofía, de lectura nada fácil además en este caso, por la base científica de su tesis y por los numerosos e intrincados neologismos del autor, que por otra parte era un escritor excelente cuando se dejaba llevar por su rico mundo poético. Posteriormente se han editado estos otros libros suyos: «L'apparition de l'homme», «Lettres de voyage» (indispensable para su biografía), «Le groupe zoologique humain» (la más científica de sus obras antropológicas filosóficas) y recientemente «Le milieu divin», libro en que el hombre de ciencia se transforma en metafísico y profeta religioso.

¿Cómo explicarse esta popularidad póstuma de Teilhard de Chardin? En primer lugar, según creo, porque muchos lectores han visto en su doctrina una reacción o réplica a algunas formas extremas del existencialismo, la filosofía que niega la vida, que la desprecia como absurda y sin finalidad, ni siquiera immanente; que siente angustia o náusea ante ella; que piensa que vivir es sólo vivir para la muerte, sin perjuicio de que ninguno de los filósofos que la profesan se haya suicidado hasta ahora. La filosofía de Teilhard, al contrario, es un himno dionisiaco a la vida y al mundo en que está insita, un poema entusiasta de «cantos de vida y esperanza», que evocan el libro admirable de Rubén Darío con ese título. Para él, la vida, y sobre todo la vida humana, no es un accidente casual de la naturaleza; es la forma suprema no sólo de la evolución de las especies vivientes, sino de toda la evolución cósmica. A su juicio, los millones y millones de estrellas y galaxias que pueblan el universo no tienen otra razón de ser que engendrar la vida y singularmente su manifestación más alta, el hombre, el único ser conocido que está dotado de pensamiento reflexivo, de conciencia; el único que piensa y sabe que piensa. De este modo la Tierra y el hombre, desplazados del centro del cosmos por la astronomía copernicana, vuelve a ser, gracias a la evolución universal interpretada por Teilhard, el centro mental del mundo. Este gran optimismo filosófico del sacerdote jesuita, contagioso hasta para los lectores más críticos o escépticos, explica la boga extraordinaria de sus libros.

Otros, sin aceptar todas las conclusiones de Teilhard, señaladamente las místico-proféticas, admiran la profundidad científica y la valentía filosófica de este sacerdote católico, para quien el encadenamiento de los seres, desde el primer corpúsculo de la materia hasta las inmensas e innumerables constelaciones, y desde la primera célula de la vida hasta la prodigiosa organización cerebral del hombre, pasando por las incontables especies vegetales y animales que durante unos quinientos millones de años han vivido y muerto en la Tierra, no tiene ninguna solución de continuidad. La ciencia no ha revelado aún todos los secretos de ese enorme proceso evolutivo de un mundo que dura, según los cálculos más recientes

de los astrónomos, entre cinco mil y ocho mil millones de años, ni es probable que la mayor parte de ellos los pueda revelar nunca; pero fuera de la naturaleza tampoco busca Teilhard ningún filósofo naturalista, Albert Vandel, autor del «Homme et l'évolution», ha dicho de él que es uno de los pensadores «más originales de nuestro tiempo», y que «este hombre, inclinado profesionalmente sobre el pasado, fué conducido, por un camino natural, del descubrimiento de los orígenes del hombre a la visión anticipada de la humanidad futura». En efecto, con ser tan asombroso lo que el hombre ha progresado desde su rudeza primitiva hace unos cuantos centenares de miles de años, a este filósofo religioso le entusiasman todavía más las perspectivas de su evolución verdadera. En cierto modo Teilhard, fundándose en la técnica y en una humanidad cada vez más unificada y socializada —los calificativos son suyos—, y en la voluntad de dominio, como Nietzsche, anuncia también una especie de Superhombre.

Teilhard no creía, como otros antropólogos, que la cuna del hombre estuvo en la Europa occidental o en Asia al norte del Himalaya, sino en el África central y que de allí se despararró por todo el Viejo Mundo. Según esta teoría, los primeros seres humanos debieron ser negros. Le extrañaba a Teilhard que una idea tan fundada en razones de geografía y clima y en la probabilidad de que los grandes primates antropoloides nacieran en África, no tuviera antecedentes en otros hombres de ciencia. Pero en esto se equivocaba. Un escritor español olvidado, Gervasio Fournier, publicó hace cincuenta y siete años un libro titulado «La raza negra es la más antigua de las razas humanas» (Valladolid, 1901), y trató de probarlo con mucha documentación. Por cierto que, según Fournier, hasta nuestros venerables antepasados los vascos prehistóricos eran negros y no blancos del Cáucaso, como nos habíamos hecho la ilusión racial de creer.

Muchos han censurado a la Compañía de Jesús por no haber permitido que las obras capitales de Teilhard se publicaran en vida suya. Ese fué su gran drama: haber muerto sin haber gozado de la gloria que hoy nimba a sus libros. Pero esa gloria la ha creado en parte la atracción morbosa que ejerce sobre las gentes toda fruta prohibida, y es probable que sin tal interdicto su gloria no fuera hoy tan vasta. De suerte que el veto, si mortificado al hombre, contribuyó a la difusión y fama de su obra. Por otra parte hay que reconocer en justicia, para explicar el entredicho de sus libros, que algunas tesis de Teilhard por lo menos bordean la heterodoxia. La enciclopedia «Humani generis», del Papa Pío XII, no condena el evolucionismo como tal, pero señala el peligro de que desde él se caiga en el monismo y el panteísmo. ¿Era Teilhard panteísta o monista? El siempre combatió el panteísmo, más que por ser una filosofía heterodoxa, por ser una doctrina que por absorción destruye, a su juicio, la personalidad humana, que para él era sagrada.

Quizá su idea de la creación no era rigurosamente ortodoxa. Según dice en su ensayo «Cómo creo yo», la nada absoluta no existe ni puede existir. La eternidad de Dios y la eternidad de la materia coexisten eternamente. Es decir, no ha habido creación de la nada. La creación es eterna. Pero la idea de una creación eterna es contraria al dogma católico. Un apologeta suyo y al mismo tiempo crítico agudo, Claude Tresmontant, autor de una excelente «Introducción à la pensée de Teilhard de Chardin», compara su filosofía con las «cosmogonías babilónicas en que vemos al demiurgo entrar en lucha con el caos».

Otros le han comparado con Tomás de Aquino, que absorbe la ciencia de Aristóteles para cristianizarla. También Teilhard quiere cristianizar la ciencia moderna en sus conclusiones más radicales. No trata de reconciliar, como tantos otros, la religión y la ciencia, sino de fusionarlas. Para él, la religión cristiana es como la última consecuencia de la ciencia evolucionista. Su religiosidad indudable no se interesaba tanto en los orígenes misteriosos del mundo como en el porvenir de la humanidad, centro reconquistado del universo. Opine uno lo que opine en último término de su filosofía y su cosmogonía, no hay duda que este sacerdote, como hombre de ciencia y de pensamiento, será una de las figuras más influyentes de nuestra época en tanto que «fenómeno humano», por su fe en la vida y en la razón, en el mundo y en el hombre.